

Primeros forcejeos

J. M. RUIZ SOROA

Si los políticos y los partidos se han convertido en el problema por excelencia, es absurdo que se presenten como la solución de ningún problema exterior a ellos mismos

El Partido Popular ha diseñado un marco de comprensión (un 'encuadre') para las próximas elecciones bastante obvio desde el punto de vista de su interés en vencer: el de un tribunal. De acuerdo a ese enfoque, unos electores-jurado juzgarían (y condenarían) la desastrosa gestión realizada por los socialistas en los últimos años, ejerciendo Rajoy de fiscal acusador. Es un formato que se adapta bastante bien a la percepción difusa de la situación económica actual, y que el público acepta con facilidad porque encaja en sus esquemas de comprensión de la realidad.

Los socialistas, como también es natural, intentan frustrar el éxito de ese marco comprensivo. Pero, curiosamente, no proponen uno diverso, sino que más sencillamente intentan intercambiar el juego de roles en ese encuadre de las elecciones como juicio y así convertirse en acusadores en lugar de acusados. Asumen la idea de tribunalizar la vivencia electoral, pero proponen substituir el enjuiciamiento retrospectivo de su propia gestión por el enjuiciamiento prospectivo de la gestión de los populares, de la cual ellos se constituirían en fiscales acusadores. Agarrándose argumentalmente tanto a los recortes ya iniciados en las comunidades del PP como a los que se puede atribuir a la derecha por una supuesta naturaleza congénita («quieren desmontar el Estado de bienestar»), convierten su propio juicio en el juicio del otro. Yo he hecho recortes, pero ellos harán más y además peores, viene a ser su alegato ante el tribunal elector.

Este forcejeo por ocupar los lugares de acusador y acusado nos condena inevitablemente a una campaña electoral esencialmente estúpida. Porque ambos partidos van a acusar al otro, en el fondo, de hacer lo mismo que ellos hacen: recortes. Con lo que para poder distinguir su acusación de la contraria no les queda más remedio que, o bien hipermoralizarla como hacen los socialistas (recuperando un lenguaje de clases que atufa a alcanfor), o bien reducirla a términos tecnocráticos como hacen los populares (rebajando la política a mera administración del sentido común).

Se trata de una discusión acusadamente esotérica (si disputaran por el sexo de los ángeles tendría probablemente más contenido) que nace, en último término, de la ley implacable de la compensación que analizó Odo Marquard. Es decir, que cuanto más coinciden izquierda y derecha en asumir un modelo socioeconómico centrado, más necesitan creer que son radicalmente distintas y, por ello, con más fuerza sienten y exageran sus supuestas diferencias. Hoy en día, en Europa no hay fuerza política seria que ponga en cuestión el Estado de bienestar. Lo decía un 'santo laico' de la socialdemocracia como Tony Judt hace poco: «La prosa común de la política europea es hoy socialdemócrata». Igual que la poesía institucional también común canta el triunfo de las intuiciones liberales. Las acusaciones de la izquierda

de que los populares quieren desmontar el Estado de bienestar tienen tanto sentido como las acusaciones de cierta derecha de que los socialistas quieren hacer la revolución o implantar el socialismo real. ¡Por favor!

Ahora bien, lo perverso de este forcejeo teñido de ideología no es, sin embargo, tanto su carácter esotérico como su efecto substitutivo (es un 'ersatz'). Lo negativo es que precisamente porque se habla de ricos/pobres, de mercados/ciudadanos, de buenos/malos, de probos padres de familia/funcionarios despilfarradores, etc., no se habla de lo que importa. Las jeremiadas patéticas substituyen al análisis de los problemas. Hablando de aquello que no depende de las elecciones, se omite hablar de lo que sí podría (incluso debería) depender de ellas.

Desde hace varios años, las encuestas de opinión demuestran que los políticos y los partidos son percibidos como un problema muy serio por la opinión pública. Que existe la convicción difusa de que el sistema político funciona muy mal y de que no es ya capaz de procesar y atender con mínima eficiencia los problemas sociales. El 15-M no ha hecho sino llevar físicamente a la calle esa opinión. Pues bien, siendo ello así, lo lógico sería que los partidos en liza hicieran sus propuestas crítico-programáticas sobre ellos mismos, sobre sus imprescindibles reformas de funcionamiento. No tanto sobre la realidad socioeconómica que les rodea (que poco depende de su voluntad, salvo en su capacidad de empeorarla), sino ante todo sobre su propia forma de ser y actuar (que sí está a su alcance modificar y mejorar). Si

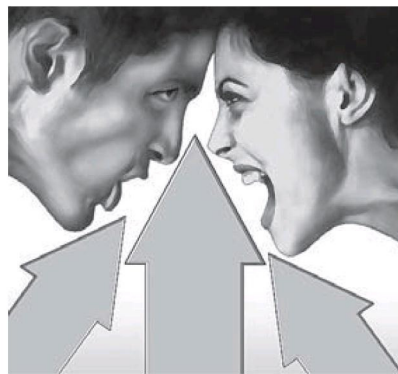
los políticos y los partidos se han convertido en el problema por excelencia, es absurdo (y bastante ofensivo para con los ciudadanos) que se presenten como la solución de ningún problema exterior a ellos mismos. Y, encima, que lo hagan precisamente exacerbando su antagonismo, que es su rasgo más odioso.

Richard von Weizsäcker definió a los políticos de una manera memorable: «Un político no es ni un generalista ni

un especialista, sino alguien experto en una sola cosa: oponerse al adversario». Los políticos españoles parecen exasperadamente empeñados en llevar a la realidad esta pobre caracterización, cuando es precisamente ese antagonismo impuesto el que más les reprocha la opinión pública.

Por eso, la postura más razonable ante estos primeros forcejeos dialécticos es la de impugnar de raíz el marco comprensivo que se nos quiere implantar como opinión pública. Lo relevante no es lo que los partidos tengan que decir sobre la economía y su futuro; menos aún lo que tengan que decir sobre su contrincante electoral; lo único interesante es lo que tendrían que decir sobre su propio funcionamiento, sus errores, su necesaria reforma, su financiación, su endogamia, su cerrazón ante la sociedad, su camino triunfal de ultracolonización de las instituciones y del espacio público.

Y si no hablan de esto, pues no escucharles. Que aburran a los monos.



:: JESÚS FERRERO